

tras Brangania va á preparar la bebida, óyese el grito de los marineros de afuera.)

MARINEROS.—¡Hohé! ¡Hahé! ¡Al mastelero, recoged la vela! ¡Hohé! ¡Hahé!

TRISTÁN (estremecido, vuelve en sí de su sombrío delirio).—¿Dónde estamos?

ISOLDA.—Próximos al término, Tristán; ¿obtendré reconciliación? ¿Qué tienes que decirme?

TRISTÁN.—La señora del silencio me invita á que calle: comprendo lo que ella calló, callo lo que no comprendes.

ISOLDA.—Comprendo tu silencio, tú me eludes. ¿Rehusas reconciliarte?

(Nuevos gritos de los marineros. A un ademán de impaciencia de Isolda, Brangania le alarga la copa llena. Isolda va con la copa hacia Tristán, que fija sus ojos de ella.)

ISOLDA.—¿Oyes los gritos? Estamos en el término: dentro de un momento estaremos (En tono irónico.) ante el rey Marke. Tú me acompañarás: ¿no te parece grato poderle decir: «¡Mi señor y tío, mírala! Jamás podrás hallar una mujer más plácida. Herí de muerte un día á su novio y le envié su cabeza; me curó con cariño la herida que el arma de aquél me causó; mi vida estuvo en sus manos; la bondadosa joven me la regaló y con ella cedió le vergüenza y la humillación de su patria, para ser tu esposa. La gratitud por tan grandes beneficios me la proporcionó una dulce bebida de reconciliación, que me ofreció su clemencia para expiar todas las culpas?»

GRITOS DE MARINEROS (afuera).—¡Izad los cables! ¡echad el ancla!

TRISTÁN (levantándose con ímpetu).—¡Levad el ancla! ¡Dejad libre el timón á la corriente! ¡Velas y mástiles á los vientos! (Arrebata con ímpetu la copa de manos de Isolda.) Conozco bien á la reina de Irlanda y el poder maravilloso de sus artes; el bálsamo que me dió me fué provechoso; tomo ahora la copa para que quede desde hoy para siempre com-

pletamente restablecido! Escucha el juramento de reconciliación que hago por gratitud. El honor de Tristán será la mayor fidelidad; el suplicio de Tristán, la más osada audacia. Engaño del corazón; ensueño del presentimiento, único consuelo de eterna tristeza, la mejor bebida del olvido! sin temor te bebo.

ISOLDA.—¿Perfidia también aquí mismo? ¡La mitad para mí! (Le arrebató la copa.) ¡Traidor, por tí la bebo!

(Bebe y arroja la copa lejos de sí. Ambos temblando de miedo, presa de la más viva emoción interior, pero inmóviles, mírame uno á otro fijamente y la expresión de su rostro pasa en un instante del menosprecio de la muerte al fuego del amor. Se les ve temblar; llevan sus manos á su corazón convulsivamente y las estrechan con fuerza; llevan sus manos á sus frentes, sus ojos se buscan de nuevo, después los bajan llenos de turbación y acaban por asirse uno á otro con pasión creciente.)

ISOLDA (con voz trémula).—¡Tristán!

TRISTÁN (con efusión).—¡Isolda!

ISOLDA (cayendo sobre el héroe).—¡Desleal amigo!

TRISTÁN (abrazándola con furor).—¡Mujer celestial!

(Permanecen silenciosamente enlazados. Oyense á lo lejos trompetas y clarines, y fuera de la tienda, en la cubierta del buque, gritos de hombres.)

VOCES DE HOMBRES.—¡Salve! ¡Salve! ¡Rey Marke! ¡Rey Marke, salve!

BRANGANIA (que, llena de terror y de turbación estaba apoyada en el borde del buque, al volver el rostro dirige la vista á Tristán é Isolda, perdidos en apasionado abrazo; después se precipita, torciendo las manos de desesperación, hacia el proscenio).— ¡Desdicha! ¡Desgracia! ¡Sufrimientos eternos inevitables por un breve morir! ¡La obra engañosa

de una fidelidad insensata se desvanece ahora con lamentaciones!

(Tristán é Isolda se estremecen, y, desatinados, se deshacen de su abrazo.)

TRISTÁN.—¿Qué soñaba del honor de Tristán?

ISOLDA.—¿Qué soñaba de la afrenta de Isolda?

TRISTÁN.—¿Tú por mí perdida?

ISOLDA.—¿Tú me rechazaste?

TRISTÁN.—¡Pérfida estratagema de un hechizo mentiroso!

ISOLDA.—Vana amenaza de una cólera insensata!

TRISTÁN.—Isolda!

ISOLDA.—Tristán, el hombre más fiel!

TRISTÁN.—Dulcísima joven!

(Ambos).—Cómo se elevan los corazones! Cómo se estremecen de placer todos los sentidos! Eflorescencia rápida de un amor impaciente, celestial ardor de un amor lánguido! Impetuoso deseo de tumultuosa alegría en el pecho! Isolda! Tristán! Tristán! Isolda! Libre del mundo, yo te poseo! Oh supremo deseo de amor, yo te siento.

ESCENA VII

Caballeros, escuderos y marineros. KURWENAL y los anteriores

(Las colgaduras se abren de par en par. El buque está lleno de caballeros y marineros, que desde á bordo hacen señas de alegría á la parte de la orilla. A poca distancia se distingue un peñasco coronado por un castillo.)

BRANGANIA (á las mujeres que salen del interior del buque á una señal que hace).—Aprisa, el manto! Los adornos! (Se precipita entre Tristán é Isolda.) Desventurados! levantaos! ¿Sabéis dónde estamos? (Sin que Isolda lo advierta la cubre con el manto

real. De la parte de tierra se oye cada vez más claro el sonido de los clarines.)

TODOS LOS HOMBRES.—Salve! Salve al rey Marke! Rey Marke, salva!

KURWENAL (adelantándose con viveza).—Salve, Tristán! Hétoe feliz! Allá en la barquilla se acerca el rey Marke con brillante servidumbre de palacio. ¡Ah! ¡y cuánto le alegra el trayecto para rendir homenaje á la novia!

TRISTÁN.—¿Quién se acerca?

KURWENAL.—El rey.

TRISTÁN.—¿Qué rey?

LOS HOMBRES.—¡Salve, rey Marke!

(Tristán vuelve hacia la tierra sus ojos fijos y sin pensamiento.)

ISOLDA (turbada á Brangania).—¿Qué pasa? Brangania! ¡Ah! ¿Qué son esos gritos?

BRANGANIA.—Isolda! señora! Conteneos sólo hoy!

ISOLDA.—¿Dónde estoy? ¿Vivo? ¡Ah! ¿qué bebida me diste?

BRANGANIA (con desesperación).—bebida de amor.

ISOLDA (mira con terror á Tristán).—Tristán!

TRISTÁN.—Isolda!

ISOLDA.—¿Debo vivir?

(Cae desvanecida en sus brazos.)

TRISTÁN.—¡Oh delicias llenas de perfidia! ¡Oh fe-

BRANGANIA (á las mujeres).—Socorred á la señora!

TRISTÁN.—¡Oh delicias llenas de perfidia! ¡Oh felicidad consagrada por el engaño!

LOS HOMBRES.—Salve al rey! salve á Cornualles!

(Algunos saltan por encima de bordo; otros han arreglado un puente, y todos indican con su actitud la próxima llegada de aquellos á quienes esperan, cuando cae rápidamente el telón.)



ACTO II

Jardines con grandes árboles delante de la habitación de Isolda, á la cual conducen unos escalones por un lado. Noche de estío serena y magnífica. Cerca de la puerta abierta hay una antorcha encendida. Cuernos de caza. Brangania, en los escalones de la habitación, escucha el ruido de la caza, que va alejándose. Isolda sale del cuarto agitada y se acerca á Brangania.

ESCENA PRIMERA

BRANGANIA, ISOLDA

ISOLDA.—¿Los oyes todavía? Paréceme que el ruido se alejó.

BRANGANIA.—Están cerca: se distinguen los sonidos claramente.

ISOLDA.—La inquietud, el temor engañan tu oído: te engaña el rumor del follaje que susurra agitado por el viento juguetón.

BRANGANIA.—Te ilusiona el vehemente deseo de oír lo que presumes: oigo el sonido de los cuernos.

ISOLDA.—El sonido de los cuernos no es tan agradable; las ondas que corren suaves de la fuente murmuran aquí cerca con delicia; ¿cómo podría oír las si los cuernos continuaran resonando? En el silencio de la noche la fuente me sonríe: al que me espera en la callada noche, ¿quieres alejarle de mí pretextando que los cuernos suenan á ti cercanos.

BRANGANIA.—Al que me espera! Oh, escucha mi advertencia! Los espías esperan de noche. Porque

tú estás ciega ¿crees que los demás apenas os ven? Cuando á bordo el rey Marke recibió de la trémula mano de Tristán á la pálida novia, apenas dueña de sí, cuando todos turbados la veían con paso vacilante, y el buen rey, con tierna solicitud, se lamentaba en alta voz de las fatigas que sufriste en la larga travesía: hubo uno, bien lo eché de ver, que fijó la mirada en Tristán; la escudriñora mirada de una malvada astucia quería leer, en el rostro de aquél, la que le interesaba. A menudo le encuentro acechando maliciosamente; os tiende redes en secreto, guardaos de Melote.

ISOLDA.—¿Hablas de Melote? ¡Oh, cómo te engañas! ¿No es el más fiel amigo de Tristán? Cuando mi amado no puede estar á mi lado, solamente se le encuentra con Melote.

BRANGANIA.—Lo que me lo hace sospechoso, te lo hace á ti simpático. Melote va de Tristán á Marke sembrando mala semilla. Ellos han acordado con precipitación esta caza nocturna; su astucia de cazador servirá para un venado más noble que el que tu fantasía se figura.

ISOLDA.—Melote por compasión inventó este ardid para su amigo muy querido: ¿quieres tú ahora ultrajar su fidelidad? Mira él por mí mejor que tú; le franquea los caminos que tú me cierras: oh, evítame el tormento de la dilación! La señal, Brangania! Oh, da la señal! Apaga el último fulgor de la luz! Invita á la noche para que descienda completamente! Esparció ya su silencio por el bosque y por la casa; ya llena el corazón de un delicioso temblor! ¡Oh, apaga ahora la luz! apaga la luz que se aleja de pavor! Permite que entre mi más amado!

BRANGANIA.—¡Oh, deja brillar la antorcha de la precaución! Deja que te muestre el peligro! Oh desdicha! ¡Oh dolor! Ay de mí, desventurada! Fúnesta bebida! Que yo una vez infiel haya hecho traición á la voluntad de la señora! A haber obedecido muda y á ciegas, tu obra sería entonces la

muerte; tu afrenta, sin embargo, tu ignominiosa miseria, es mi obra; yo soy la culpable, no debo ignorarlo!

ISOLDA.—¿Tu obra? ¡Oh insensata doncella! ¿No conocías á Minna (1)? ¿Ni el poder de sus maravillas? Reina de ánimo el más intrépido, reguladora de la existencia universal, tiene por súbditos á la vida y á la muerte, ella los teje de placer y de dolor, cambiando en amor la envidia. Yo tomé temerariamente con mis manos la obra de la muerte, y Minna la sustrajo de mi poder: quedóse en prenda á la que estaba dedicada á la muerte, quiso coronar la obra con su mano; puede dirigirla, llevarla á término, elegir mi suerte, conducirme á donde quiera, estoy á su disposición: deja pues que ahora me muestre obediente!

BRANGANIA.—Si la maléfica bebida del amor hubo de extinguir la luz de tu inteligencia, si no pudiste comprender mis advertencias; escucha ahora, da oídos á mis súplicas! Esa luz que alumbra el peligro, no apagues esa antorcha, hoy! al menos hoy!

ISOLDA (se acerca precipitadamente á la antorcha y la toma).—La que atiza el fuego en mi pecho, la que hace abrasar mi corazón, la que me sonríe como el día del alma, la señora Minna que se haga de noche para brillar ella claramente allí donde tu luz la hace retroceder de espanto. Tú á la atalaya! vigila allí fielmente. La luz—fuese la de mi vida—no temo apagarla riendo.

(Saca la antorcha y la apaga en el suelo. Brangania se vuelve consternada para subir á la azotea de la casa por una escalera exterior de donde desaparece lentamente.)

(1) Amor.

ESCENA II

ISOLDA, TRISTAN

(Isolda, llena de ansiedad, mira á una calle de árboles. Hace una seña. Sus gestos de alegría indican que de lejos ve venir á su amigo. Su impaciencia llega á extremarse. Tristán entra impetuosamente; ella vuela á su encuentro dando un grito de júbilo. Abrazo apasionado.)

TRISTÁN.—Isolda! Querida mía!

ISOLDA.—Tristán! Querido!

ISOLDA Y TRISTÁN (cantando á la par).—¿Eres mío? ¿Te poseo otra vez, puedo estrecharte entre mis brazos? ¿Es esto verdad? ¡Al fin! Al fin! A mi pecho! Te siento realmente! ¿Eres tú mismo? ¿Son tus ojos? ¿Es tu boca? ¿Está ahí tu mano? ¿Esta ahí tu corazón? ¿Soy yo? ¿Eres tú? ¿Te tengo aprisionado? ¿No es ilusión? ¿No sueño? ¡Oh encantos del alma! Oh dulce placer, el más augusto, el más invencible, el más bello, el más celestial! Sin par! Sin fin! Eterno; eterno! No presentido, jamás conocido, inmenso, sublime! Explosión de alegría! Arrobaamiento de felicidad! Rapto del mundo á las celestiales alturas! Mi Tristán! Isolda mía! Tristán! Isolda! Mío y tuyo! Siempre unidos! Unidos eternamente!

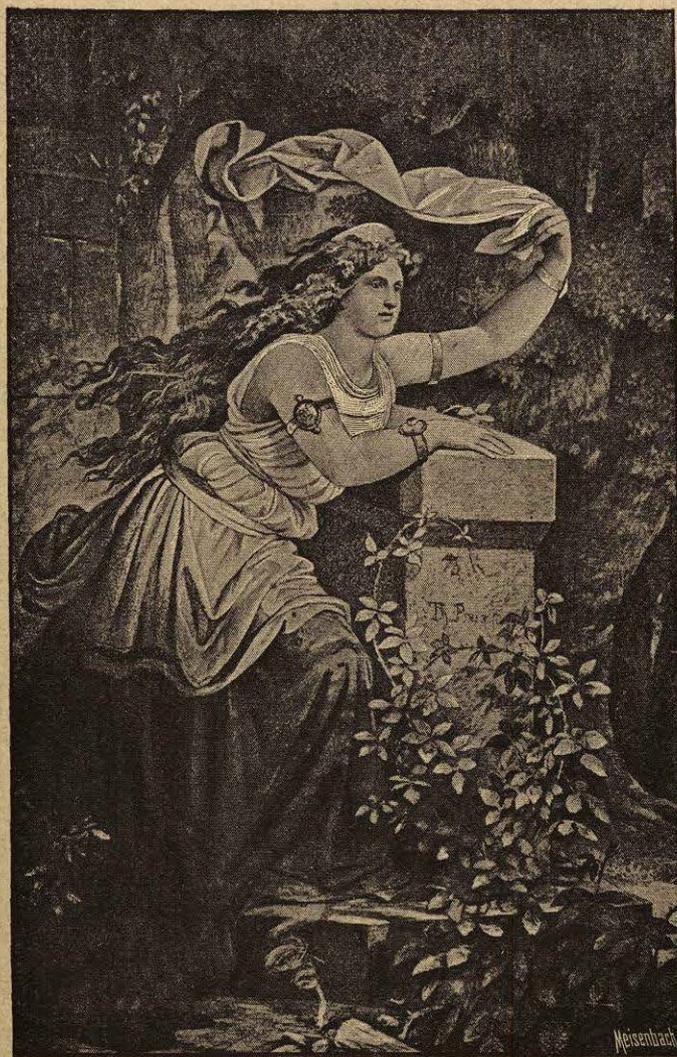
ISOLDA.—¡Cuán largo tiempo separados uno de otro! Qué separación durante tanto tiempo!

TRISTÁN.—¡Tan lejos, estando tan cerca! Tan cerca, estando tan lejos!

ISOLDA.—¡Oh enemiga de la amistad, maldita distancia! Oh prolongada lentitud del tiempo perezoso!

TRISTÁN.—¡Oh distancia y proximidad, irreconciliables adversarios! Agradable proximidad, triste distancia!

ISOLDA.—¡Tú en la oscuridad, yo en la luz!



TRISTÁN.—¡La luz! La luz! Oh esta luz! Cuánto tiempo sin apagarse! Púsose el sol, el día pasó; más no ahogó su envidia: encendió su señal que aleja de pavor y lo fijó en la puerta de mi estimada para que no fuese yo á su casa.

ISOLDA.—La mano de la más estimada apagó la luz. A eso se oponía mi doncella, yo no tuve la menor aprensión: bajo el poder y amparo de Minna opuse resistencia al día.

TRISTÁN.—¡Al día! Al día! Al pérfido día, al más cruel enemigo, odio y proscrición! Oh, pudiera yo, para vengar los sufrimientos del amor, apagar el luminar del día, como tú esta luz! ¿Hay apuro, hay pena, que él no avive con su claridad? Hasta en el resplandor crepuscular de la noche mi amada la guarda junto á su casa y me la proyecta como amenazando.

ISOLDA.—Si la amada la guarda en su propia casa, en su propio corazón, clara y amenazadora, la guardó un día con arrogancia mi amado, Tristán, que me engañó. ¿No era el día en que mintió de él, cuando fué á Irlanda como pretendiente á pedir mi mano para Marke, para consagrar á la muerte la fidelidad?

TRISTÁN.—¡El día! El día que brilla en torno de ti me robó á Isolda allá, donde se asemejaba al sol en el esplendor y en la luz de honores soberanos! Lo que de tal modo ofuscó mis ojos, aplastó por el suelo mi corazón: en la brillante claridad del día ¿cómo podía ser mía, Isolda?

ISOLDA.—Si no podía ser tuya, la que te eligió ¿qué te hizo creer el perverso día para que tú hicieras traición á la amada que estaba destinada á ti?

TRISTÁN.—La aureola del honor, el poder de la gloria, que con magnificencia augusta brillaban en torno tuyo, y la ilusión me cautivaron para inclinarte mi corazón. El astro esparció sobre mi cabeza el más claro resplandor, el sol diurno de los honores mundanos con sus rayos de delicias vanas

penetróme por la cabeza y por el vértice hasta lo más recóndito del corazón. Lo que velé oscuramente encerrado allá en una casta noche, lo que sin saberlo y sin pensarlo concebí allá vagamente, una imagen, que mis ojos no confiaban poder contemplar, en contacto con la luz del día se me descubrió radiante. Lo que tan glorioso y augusto me había parecido, lo ensalcé á la faz del mundo, en alta voz alabé ante el pueblo todo, la novia real, la más hermosa de la tierra. Desafié la envidia, que el día me despertó, los celos que mi dicha ahuyentaba, el disfavor que empezaba á gravitar sobre mis honores y mi gloria, y resolví lealmente, para conservar honor y gloria, pasar á Irlanda.

ISOLDA.—¡Oh vano esclavo del día! Engañada por aquel que te engañaba, cuándo amándote, debí sufrir por ti, á quien, en medio del falso brillo del día, rodeado por el engaño de su esplendor, odiaba yo sin simulación allá, en lo más profundo del alma, donde un amor ardiente te envolvía. ¡Ah, en el fondo del corazón, cuán grande dolor causaba la herida! Cuán ruín me pareció aquel á quien tenía oculto allí misteriosamente, cuando el único fielmente guardado se sustrajo, en la luz del día, á las miradas del amor, y sólo como enemigo se presentó delante mí. Yo quería huir de la luz del día, que me mostraba en ti un traidor, y llevarte conmigo á la noche allá, donde mi corazón me prometía el fin de la decepción, donde se disipa la ilusión presentida del engaño: allí para beber en tu honor la copa del amor eterno, en unión conmigo, quería consagrarte á la muerte.

TRISTÁN.—¡En tu mano la dulce muerte! Cuando reconocí que me la ofrecías, cuando el presentimiento me mostró como respetable y cierto lo que me prometía la reconciliación: entonces empezó a lucir en mi seno el suave crepúsculo de la noche de sublime poder: mi día quedó consumado.

ISOLDA.—¡Mas ay! te engañó la pérfida bebida y

se te disipó la noche; querías únicamente la muerte, y te ha restituído al día.

TRISTÁN.—¡Oh bendita bebida! ¡jugo bendito! ¡bendito el augusto poder de su magia! Ella me abrió de par en par, por entre los umbrales de la muerte, donde fué vestida para mí, el reino de delicias de la noche, que solamente en sueños hasta entonces había visto. Separó de la imagen que estaba recóndita en mi corazón, el engañoso brillo del día, y mis ojos, que ven de noche, pudo contemplarla en toda su verdad.

ISOLDA.—Vengóse, pues, el día vencido; conspiró con tus culpas: lo que te mostró la noche en su crepúsculo, debiste de entregarlo al poder real del astro del día para vivir brillando solitario allí con triste esplendor. ¿Cómo lo soporté? ¿cómo lo soportó todavía?

TRISTÁN.—¡Oh! Estábamos pues consagrados á la noche: el día disimulado, dispuesto á la envidia podía separarnos con sus ardides, pero no engañarnos más con su mentira. De su vano esplendor, de su jactancia brillo ríense las miradas que la noche le dedica; ya no ciegan más nuestros ojos los rayos fugitivos de su luz vacilante. Las mentiras del día, gloria y honor, poder y riqueza, á pesar de su imponente brillo, se disipan, como sutil polvo del sol, á la vista de quien con amor descubre la noche de la muerte, y conoce su profundo misterio. Un solo deseo le queda en medio de las vanas ilusiones del día, la aspiración á la santa noche, en que le sonríe el deleite de amor, eterno, único verdadero.

ISOLDA Y TRISTÁN (sentándose en un banco de flores, estréchanse con ardor cada vez más profundo, y cantan á la par).—¡Oh noche del amor, descende, dame el olvido de que vivo; recíbeme en tu regazo, librame del mundo! Las últimas luces están apagadas; lo que pensábamos, lo que creíamos ver, todos los recuerdos, todas las imágenes de las cosas, el augusto presentimiento de santas tinieblas,

los restos de la ilusión, extínguelo todo, libranos del mundo! Desde que el sol se retiró á nuestro seno brillan sonriendo estrellas de felicidad. Envuelto suavemente en las redes de tu magia, derretido por el fuego de tus ojos, mi corazón á tu corazón, mi boca á tu boca, unidos por un mismo aliento; mi mirada se apaga cegada de delicias, palidece el mundo con su fascinación; el mundo, que el día engañoso me aclara, el mundo puesto delante de mí para ilusión engañosa, y yo mismo soy el mundo. Vida santa de amor, Augusta creación de placer, deseo delicioso del eterno sueño sin ilusión y sin despertamiento.

(Sus cabezas caen hacia atrás en prolongado y mudo abrazo.)

BRANGANIA (se le oye, sin vérsela, de lo alto de la azotea).—Solitaria velando durante la noche, vosotros á quienes el sueño de amor sonrío, prestad atención á la voz que advierte el peligro á los que duermen y les avisa prudentemente para que despierten. ¡Atended! ¡atended! Pronto se disipará la noche.

ISOLDA (dulcemente).—¡Escucha, mi amado!

TRISTÁN.—Déjame morir.

ISOLDA.—¡Centinela envidiosa!

TRISTÁN.—¡Jamás despertar!

ISOLDA.—¡El día, sin embargo, despertará á Tristán!

TRISTÁN.—¡Deja que el día ceda á la muerte!

ISOLDA.—¿El día y la muerte con los mismos golpes habrían de alcanzar á nuestro amor?

TRISTÁN.—¿A nuestro amor? ¿al amor de Tristán? ¿al tuyo y al mío? ¿al amor de Isolda? ¿Qué golpes mortales podrían apartarlo? ¡Ojalá estuviera delante de mí la poderosa muerte, amenazara á mi cuerpo y á mi vida que tan de buen grado inmolara al amor! ¿Cómo podrán sus golpes alcanzar á nuestro amor? ¡Ojalá muriera yo por él! Gustoso moriría. ¿Cómo podría el amor morir conmigo? ¿có-

mo podría acabar conmigo lo que eternamente vive? Si el amor de Tristán jamás morirá, ¿cómo podría morir Tristán por su amor?

ISOLDA.—Nuestro amor, sin embargo, ¿no se llama Tristán é Isolda? Esta sílaba encantadora: é, que es el lazo de amor, si Tristán muriese ¿no sería destruída por la muerte?

TRISTÁN.—¿Qué cosa sucumbiría por la muerte, sino lo que nos separa, lo que impide á Tristán amar siempre á Isolda, vivir eternamente sólo por ella?

ISOLDA.—Y si ésta sílaba: é, fuese aniquilada ¿la muerte de Tristán no sería la misma que la de Isolda?

TRISTÁN.—Así moriríamos para estar juntos, eternamente unidos, sin fin, sin despertamiento, sin temor, sin nombre, rodeados del amor, entregados completamente á nosotros mismos para vivir solamente por el amor.

ISOLDA.—¿Moriríamos así para estar juntos?

TRISTÁN.—Eternamente unidos.

ISOLDA.—Sin fin.

TRISTÁN.—Sin despertamiento.

ISOLDA.—Sin temor.

TRISTÁN.—Sin nombre rodeados del amor.

ISOLDA.—¿Completamente entregados á nosotros mismos para vivir por el amor?

BRANGANIA (como antes).—¡Atended! ¡atended! La noche ya cede al día.

TRISTÁN.—¿He de escuchar?

ISOLDA.—¡Déjame morir!

TRISTÁN.—¡Debo despertar!

ISOLDA.—¡Despertar! ¡jamás!

TRISTÁN.—¿Debe el día despertar, todavía, á Tristán?

ISOLDA.—¡Deja que el día ceda á la muerte!

TRISTÁN.—¿Arrostraremos las amenazas del día?

ISOLDA.—Para huir para siempre de su falacia.

TRISTÁN.—¿Su brillo crepuscular jamás nos importunará?